



# PASOS DIARIOS

#peregrinoporelcorazón



SANTUÁRIO DE FÁTIMA  
SHRINE OF FATIMA



**5.**

Ensanchar el cielo,  
con Jacinta

En este mes de mayo, Fátima te ofrece el desafío de una peregrinación más esencial: el camino es interior y podrá llevarte muy lejos dentro de ti mismo, al encuentro del santuario de tu intimidad donde Dios está presente para ti. Hacerse peregrino por el corazón es tratar de vivir interiormente lo que la experiencia de la peregrinación suscita y realiza. Fátima te llama. Aun no pudiendo venir al Santuario este mes de mayo, haz con nosotros esta peregrinación interior todos los días. Y cada noche, coloca una vela encendida en tu ventana.

Visitando la narrativa que Lucía hace de la aparición de mayo, descubriremos cuánto Dios respeta la libertad del hombre y cuál es el proceso que escoge para dársele a conocer. Hoy, ensancha el corazón deseando el cielo para todos, con Jacinta.

En este mes de mayo, Fátima te invita a ser peregrino por el corazón. Hoy, ensancha el corazón deseando el cielo para todos, con Jacinta.

Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no aman.

Fátima continúa, este mes de mayo, ofreciéndote el desafío de una peregrinación interior, te invita a que te hagas peregrino por el corazón. Como ayer se dijo, solo si recorres el camino de tu propio corazón en actitud de peregrino, es decir, si te pones en silencio a la escucha, podrás oír en él el más humano de los anhelos: la eternidad. Y, unido a éste, el anhelo del reencuentro con todos los que vas perdiendo a lo largo de la vida. Recógete en tu corazón.

En silencio, escucha otra vez la pregunta de ayer: ¿cultivas en tu corazón el deseo de otra vida más allá de esta vida?

¿Y anhelas reencontrar a los que van muriendo antes que tú?

La posibilidad de ese reencuentro está en tus manos, puedes ayudar a otros a salvarse. Puedes colaborar con el deseo ardiente de Dios de que ni uno solo de sus hijos se pierda.

Desciende a tu corazón y busca el silencio interior. Aquél que habita en ti te comunicará su voluntad de salvación, de la cual nadie está excluido. Y podrás descubrir tu responsabilidad en ese designio divino.

Recuerda de nuevo el inicio del diálogo entre la Señora más brillante que el sol y los pastorcitos, como cuenta Lucía en sus Memorias:



Entonces Nuestra Señora nos dijo:

– No tengáis miedo. ¡No os voy a hacer daño!

– ¿De dónde es Vd.? – le pregunté.

– Soy del Cielo.

– Y yo, ¿también voy al Cielo? – preguntó Lucia.

– Sí, vas.

– Y, ¿Jacinta?

– También.

– Y ¿Francisco?

– También; pero tiene que rezar muchos Rosarios.

Entonces me acordé de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco. Eran amigas mías e iban a mi casa a aprender a tejer con mi hermana mayor .

– ¿María de las Nieves ya está en el Cielo?

– Sí, está.

Me parece que debía de tener unos dieciséis años.

– Y, ¿Amelia?

– Estará en el Purgatorio hasta el fin del mundo.»

Jacinta era una apasionada por el cielo. Sin embargo, su mirada sobre el cielo está muy condicionada por la visión del infierno, en la aparición de julio, que la impresionó vivamente. La visión no tuvo la intención de provocar el miedo en los pastorcitos, sino hacerlos crecer en un intenso compromiso con la salvación de los demás. Escucha lo que cuenta Lucía:



Al tener la visión del infierno, Jacinta se horrorizó de tal manera, que todas las penitencias y mortificaciones le parecían nada para salvar de allí a algunas almas. Con frecuencia se sentaba en el suelo o en alguna piedra y, pensativa, comenzaba a decir:

– ¡El infierno! ¡El infierno! ¡qué pena tengo de las almas que van al infierno!

Y, asustada, se ponía de rodillas, y con las manos juntas, rezaba las oraciones que Nuestra Señora nos había enseñado:

– ¡Oh Jesús mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva al Cielo a todas las almas, especialmente a aquellas que más lo necesitan!

Para tranquilizarla, yo le decía:

– No tengas miedo. Tú irás al Cielo.

– Voy, voy –decía con paz–, pero yo quisiera que todas aquellas gentes fueran también para allá.»

El infierno, la posibilidad, el riesgo que supone para nuestra libertad, exige de verdad que alguien radicalmente viva separado eternamente de Dios. Jacinta hizo todo lo posible para que nadie se perdiera, quería ardientemente que todos fueran al cielo. Ella fue la que más intensamente se asoció a Dios en el designio de hacer llegar la salvación a todos. Vivió intensamente la compasión de Cristo por los pecadores y, como Él, quiso dar su vida para salvarlos. Descubrió en la práctica de los sacrificios la forma de hacerlo. Cuenta Lucía que, cuando estaba enferma:



A veces, besaba un crucifijo y abrazándolo decía:

– Oh Jesús mío, yo Os amo y quiero sufrir mucho por Vuestro amor.

Otras veces decía:

– ¡Oh Jesús, ahora puedes convertir muchos pecadores, porque este sacrificio es muy grande!»

Ciertamente, también influyó en la pasión de Jacinta por la salvación de los demás las referencias al purgatorio, aquellos que esperan, madurando en el amor entre las manos misericordiosas de Dios, la resurrección final.

Jacinta se entregó por completo a la relación que existe entre nuestra vida en el tiempo y la vida a la que estamos llamados más allá de la muerte, en una relación de continuidad, responsabilidad y consecuencias. Y ella continúa en el cielo realizando la misma misión de misericordia que cumplió en la tierra, ahora plenamente saciada con la visión de aquel en cuya pasión participó tan íntimamente.

El Evangelio de Juan nos presenta a Jesús explicando el misterio de Jacinta, al decir lo que de Jacinta podemos decir | Jo 6, 39:



<sup>39</sup>Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día.»

Y Mateo, en la parábola de la escena del juicio final, establece este puente entre el tiempo y la eternidad | Mt 25, 34.40:



<sup>34</sup>Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.  
<sup>40</sup>En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis.»

Si estás dispuesto, en este mes de mayo, a hacerte peregrino por el corazón, escucha en tu intimidad la consciencia de esta responsabilidad de ensanchar el cielo, como Jacinta. Conviértete en un participante de la propia compasión de Cristo, el Buen Pastor que da la vida por las ovejas y se llena de compasión al ver a las multitudes cansadas y desalentadas. Él quiere que todos se salven.



Dios mío, eres el que habitas en lo íntimo de mi corazón  
y me llamas a abrir este mes de mayo cerrado, a convertirme en  
peregrino por el corazón  
para ahí encontrarme contigo.  
Contemplo silenciosamente la vida y la muerte de la pequeña  
Jacinta  
quien cruzó la tierra deseando el cielo y lo ensanchó a todos,  
para que nadie se pierda.  
¡Qué hermosa e inmensa la compasión con la que hizo suya la  
pasión de tu Hijo!  
¡Y qué hermosa la intimidad en la que vivió con Él, unida en la  
intención de salvar a todos!  
¡Y qué hermosa la paz, la confianza, la humanidad plena con la  
que murió!  
Escucha mi voz maravillada y penitente y, en secreto, sedienta  
de eternidad.

Perdóname por tantas veces dudar del cielo o pensar que es solo para los míos, o quererlo solo para mí, por caer tan fácilmente en la tentación de pensar que me salvo solo, que cada uno sabe de sí mismo y sólo responde por sí mismo e ignorar que soy responsable de la salvación de los demás, como la crisis actual demuestra.

Enciende en mi pecho, como en el de Santa Jacinta Marto, el deseo de ensanchar el cielo a todos y la voluntad de cuidar de los demás y de su salvación, como los benditos del juicio final.

Soy peregrino por el corazón, como Jacinta, deseo ensanchar el cielo a todos.

Quiero peregrinar por el corazón al corazón de tu madre, mi madre, Nuestra Señora del Rosario de Fátima.

En su corazón, eres Tú el que esperas mi corazón y, en este mes de mayo lejos de la capilla de las apariciones me hago peregrino por el corazón: por mi corazón marcharé y en el corazón inmaculado de la Madre escucharé el latido misericordioso de tu corazón. Amén.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Madre del Cielo, estás atenta a la voz de las súplicas del mundo en tribulación. Atiende el grito de los pobres y de los enfermos, da consuelo y esperanza a todos los que sufren, da fuerza y compasión a todos los que cuidan y trabajan. Da la paz al mundo. En tu inmaculado corazón, sé, para todos tus hijos, refugio y camino hacia Dios.

Nuestra Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros. San Francisco y Santa Jacinta Marto, rogad por nosotros.

En tu ventana coloca, también esta noche, una vela encendida, que sea una señal de que en tu casa habita un peregrino de Fátima por el corazón.

Nuestra Señora vela por ti a lo largo del camino. Ella viene a tu encuentro.  
Ensancha tu corazón el deseo del cielo para todos. Hasta mañana.